

# Una presencia humana<sup>1</sup>

Por Helga Fernández<sup>2</sup>

**Resumen:** Si bien el imaginario humano está conformado por lo simbólico, en ciertas estructuras o estados de la misma, para que un análisis sea posible la persona del analista tiene que prestar el *i(a)* soportado en la presencia real de su cuerpo; de modo de propiciar un imaginario que oficie de mediador, en la palabra y en la economía del deseo, entre el sujeto y el Otro. Una circunstancia analítica donde el trabajo de análisis no podría tener lugar intermediado por las letosas, dado que la praxis sobre la materia que opera la cibernética lo hace imposible lógicamente y recrudece la turbulencia pulsional de lo que carece de ligadura. Las propiedades intrínsecas de las letosas, como el hecho de que allí el *i(a)* no envuelva en un cuerpo real, facilita o provoca los fenómenos que van de una sutil despersonalización hasta la alucinación del doble.

**Palabras clave:** presencia real del analista, préstamo de un *i(a)* humano, obstáculos de la cibernética.

---

<sup>1</sup> Con *humana* apelo a la materialidad de la que estamos hechos los seres hablantes: la carne en la que se instila el lenguaje.

<sup>2</sup> Psicoanalista. Ejerce la práctica hace 23 años. Supervisa, da clases y mantiene conversaciones de formación en hospitales de la Provincia de Bs. As. y de C.A.B.A. Co-autora de: *Melancolía, perversión, psicosis. Comunidades y vecindades estructurales*. Ed. Kliné/Ed. Oscar Masotta; *El hilo en el laberinto I y II. Lectura del Seminario De un Otro al otro*, Ediciones Kliné – Ediciones Oscar Masotta, Bs. As 2016; *La carta del inconsciente*. Ediciones Kliné – Ediciones Oscar Masotta. Buenos Aires, Buenos Aires, 2007; *Feminismos*, de Leticia Martín y otras. Letras del Sur, 2017; *Acuerdo en el desacuerdo*. Qeja, 2019; *Identificación, nombre propio y síntoma: Una lectura del seminario IX*. Ediciones Kliné, 2020, y, *Ser sin orillas. Ensayo sobre Ofelia*, de M. Trigo y AAVV. En el margen, 2020. Autora de *Para un psicoanálisis profano*. Archivada, 2020. Próximo a publicarse, *Escrituras clínicas*, junto a V. Larrosa. H. Medina y F. Montañez, por Archivada. Escribió artículos en: LALANGUE; *La Mosca*; *Lapsus Calami, N-1*, *Acheronta*, *ElSigma* y *En el margen*, entre otras. Directora de En el Margen. Revista de psicoanálisis. Editora de *Archiva. Libros que escuchan*. Formó parte de la Escuela Freudiana de la Argentina, durante 20 años, hasta 2020 como A.M.E.

Los analistas solemos llegar tarde a articular cuestiones que andan por el mundo incidiendo hace rato en la vida psíquica. Podríamos excusarnos argumentando que no inventamos la estructura, sino que procuramos cifrarla y descifrarla. O que, en tanto laboramos con las palabras y a hablar siempre se llega después, no habría cómo ahorrar la tardanza. Y no mentiríamos. Pero también es cierto que llegamos tarde porque permanecemos encerrados<sup>3</sup> en lo establecido, en lo instituido, al abrigo del rechazo intelectual/afectivo de colegas dispuestos a levantar la vara sojuzgadora o a condenar al destierro del discurso, en nombre del más verdadero y puro psicoanálisis, si osamos meternos con lo que acontece<sup>4</sup>, con aquello de lo que ni Freud ni Lacan tuvieron oportunidad de hablar sólo porque murieron antes.

Esta vez pasó algo distinto, si bien ya era necesario detenernos en los enroques entre la realidad psíquica y la realidad digital, el hecho de que en confinamiento la cibernética se entrometiera en el lazo transferencial a través de las letosas nos forzó a enfrentarnos con lo que venía insistiendo pero evitábamos con la destreza del cobarde. Para esto nos valimos de tramos, por ejemplo, de *El malestar en la cultura*, donde Freud escribe, entre otras cosas, que el hombre es un dios protésico o de *La Tercera* donde Lacan anticipa, al modo del oráculo, que será necesario dejarse animar por los *gadgets* para que el psicoanálisis siga existiendo. Pero por muy valiosos que sean estos legados, de los que siempre tendremos por aprender, no bastan para leer los efectos de la cibernética inmiscuyéndose como agua corriente en la vida de los seres hablantes.

La cibernética no es sólo una lógica, es una ideología aplicada como praxis sobre la materia, que rechaza o forcluye cualquier orden de necesidad, incluso las de sobrevivencia – descansar, beber, comer, hablar, etc.–, provocando una especie de *anestesia* consentida o servidumbre voluntaria. En la Puna, Nueva York y Taiwán, el cibernauta atiborrado de objetos de goce duerme un sueño que impide soñar, a veces hasta alcanzar lo que se dio en llamar *muerte por videojuego*<sup>5</sup>. La abstracción esquizofrénica a la que impulsa esta maquinaria parece estar hecha para taponar la falta de relación sexual.

Cuando comenzó la pandemia las noticias mostraron que en algunos estadios de fútbol se suplantó a los hinchas por muñecas/robots. Éstas, además, son vendidas en piezas separadas para ensamblar a la “dama” de los sueños de los caballeros que se placen con su compañía o son empleadas para atender los favores sexuales de sus clientes. El ingeniero de

---

<sup>3</sup> No en nuestros consultorios -como suele decirse-, ahí el afuera llega más rápido que el discurso que seguimos construyendo.

<sup>4</sup> Quizá, porque si lo hacemos, indirectamente también nos metemos con el nicho que comercializan, la especialidad en la palabra de Lacan.

<sup>5</sup> Se registraron muchos casos en los que las personas, después de estar días, 3, 4 o hasta 7 y más, sin parar de jugar, mueren.

una de las fábricas de tales prototipos declaró que acercarse a ellas *es como rodear el corazón de espejos*. No satisfecho, dobló la apuesta con la pretensión de legitimar la naturalidad de esta relación argumentando que es necesario tener algo para amar y que ningún ser puede hacerse humano sin contacto con un objeto de amor, aunque ese objeto sea una muñeca. Tal juicio y este pseudo lazo dejan al desnudo que todo ser amado conlleva un estatuto de objeto, de juguete, que todo semejante, en cierto aspecto, es un juguetito del amante. Pero en este fenómeno, el objeto psíquico (el supuestamente amado) está pegado al objeto imaginario y entonces se torna real. Por lo que, más que un apuntalamiento de la fantasía en cosas palpables del mundo real o en el semejante, conlleva una instrumentación de los beneficios de la praxis de lo imaginario, correlativa a la forclusión de la presencia carnal, retornando en objetos que usurpan el lugar de lo viviente, colonizándolo<sup>6</sup>. Aseverar que hay contacto con este tipo de muñecas/robots como lo habría con otro al que se ama es uno de los modos donde la forclusión/renegación de lo carnal se presentifica en el decir mismo. Porque es cierto que, movidos por el poder de lo simbólico, estaríamos prestos a afirmar que, si lo que anima una vida es el soplo de la palabra, estas muñecas la tendrían en tanto, como a Pinocho, alguien los dota del deseo del Otro y de cierta narratividad. Pero una cosa es que aprehendamos que seríamos de madera sin que alguien nos inoculara la vida y otra que todo objeto inanimado, por más animado que esté, podría tener el mismo estatuto que un ser hablante. O, para el caso, una cosa sería decir que el amado/a tienen un cierto estatuto de objeto que decir que un objeto es un amado/a. Afirmar que anverso y reverso tienen igual grado de reciprocidad, ya sea en acto o en el decir, es un modo de la locura de la época o de la perversión.

No sólo por las noticias o los artículos de la cultura de Oriente accedemos al malestar y a los síntomas que trae la digitalización de la vida cotidiana, también los escuchamos en la experiencia del análisis. Freud respecto del amor de transferencia recomienda que una vez que fueron invocados los espíritus no hay que huir de ellos, sino interrogarlos. Hoy, los analistas que nos vimos llevados a trabajar a través de las letosas no tendríamos que evitar la existencia de los seres que llegan o irrumpen desde la distopía de la realidad digital anudada de modos singulares en la realidad psíquica, sino interpelarlos.

Uno de los efectos que trae consigo la realidad digital en estructuras donde la metáfora paterna no está en función o carece de la misma, es la *animosidad* de las letosas<sup>7</sup>. Se trata de una animosidad que acosa en contraposición con la sustracción del cuerpo del ser hablante y, lógica y fácticamente, en contraposición con la carencia de la presencia del otro, del semejante. Si las fantasías en su superpotencia pueden (a)cosar, la realidad digital también,

<sup>6</sup> Lo que nos lleva a tener que aclarar que el “contacto” sólo es posible con un otro, que no hay contacto si aquello que tocamos no nos toca porque sólo se tocan entre sí los cuerpos vivientes.

<sup>7</sup> Que no sólo son los dispositivos sino toda criatura creada por la ciencia como los hologramas, Sofía, las esposas digitales, etc.

de acuerdo a la estructura de cada quien. Es decir, sucederse en consecuencia con que a una persona lo agobie la realidad carnal por lo que prefiere evitarla o no esté en condiciones de habitarla. A la vez que la inmersión en el mundo de la digitalidad, correlativa a esta forclusión o rechazo de la vida carnal, traiga consigo la proliferación, en el espacio de la realidad efectiva, de objetos que se presentan-en-sí, desprovistos de lo simbólico; por lo que en su (a)cosidad inerte, falta de vida o de vitalidad, lindan y/o comulgan con la necrofilia (como en estos hombres consumidores de robots/muñecas) o con el estatuto de la alucinación (como en otros casos que suelen presentarse en el análisis de algunos niños o de sujetos de la psicosis). Al respecto de esto último y para acercar más aquello a lo que me refiero, tomo un párrafo del relato de la experiencia de una colega: "Pedro llegó a la guardia traído por sus padres derivado de otro hospital para evaluar medicación y/o internación, con un texto que decía: "*niño con alucinaciones, intoxicado con videojuegos*". Los padres de Pedro decían que el niño *veía monstruos* desde hacía una semana, después de haberse despertado de una pesadilla, la noche en que había ganado a su padre en un juego del *Family Game*. Al respecto el padre decía haberse sentido muy afectado por ese triunfo del pequeño, que venía *jugando sin parar* hacía varias semanas, al punto que *le daban de comer mientras jugaba y sólo se quedaba dormido rendido por el cansancio*. Venía ganando a su hermano adolescente y a los amigos de éste que venían a ver el "fenómeno".

Si un determinado ser hablante se confina en la realidad digital a la par que desiste de la realidad efectiva o carnal o si no puede salir de la captura de la misma, si no está presente, si viaja como cibernauta por internet donde su imagen y la de los otros no tienen significación alguna ni pregnancia, en la que no hay agujero ni carencia sino que está disponible día y noche, omnipresente, manipulable, instrumentable, desechable y recuperable, si no corta ni para satisfacer las necesidades de su cuerpo, es lógico que de tal forclusión de la encarnadura de lo simbólico (el cuerpo) retorne un real descarnado: cualquier imagen/objeto, inerte y mortificante de lo viviente.

La afirmación precedente se cifra en una ecuación de proporcionalidad:

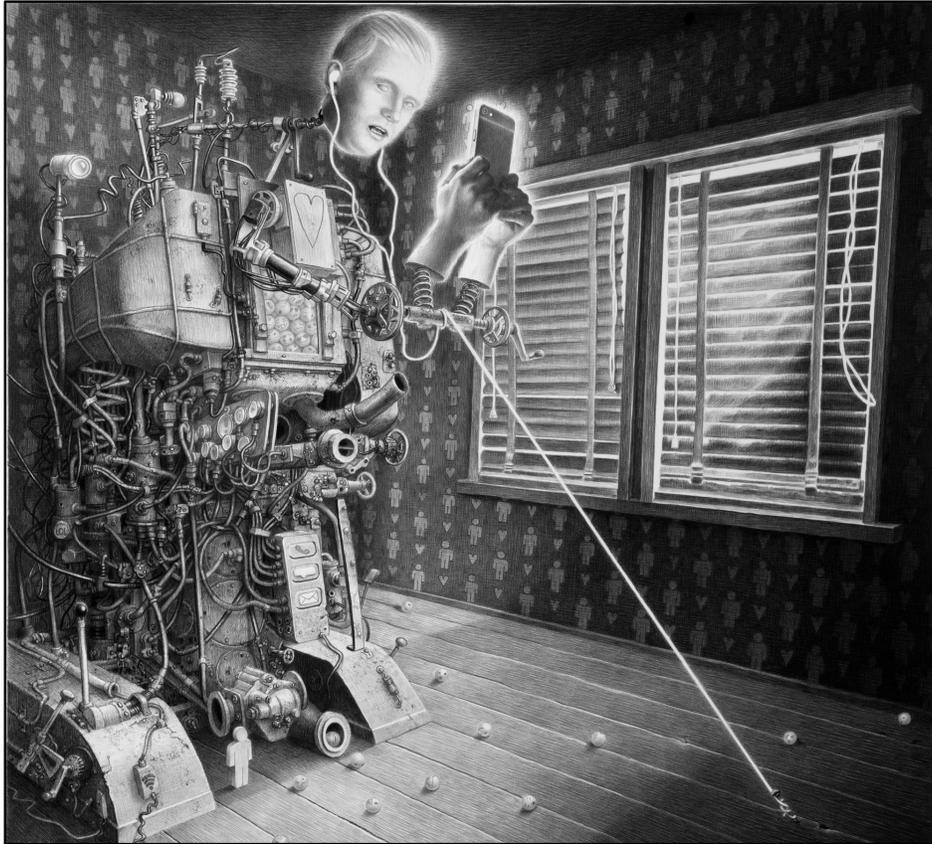
A mayor retiro de la vida encarnada y mayor refugio en la vida digital, mayor animosidad de los seres que no están vivos y salen de la pantallas invadiendo la vida carnal. A mayor desencarnación, menor función del fantaseo, lo que da por resultado la ausencia del "como si" propio del juego apuntalado en los juguetes, y la presentificación de lo en-sí de un objeto (como lo inverso a la representación).

Por consecuencia: cuanto más se extrema lo desencarnado, más descarnados son los hechos, desubjetivados y abyectos (fuera de escena, incluso de la Otra escena)<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> [El malestar en la cyberlización. Intercambio postal 6. Por Viviana Garaventa. En el margen. Revista de psicoanálisis.](#)

La máxima animación posible que resiste a tal estado de la estructura, donde lo simbólico queda arrasado por diversas razones, es la del dibujito, la del anime; pero cuando el anime va al lugar del semejante, aparece, saliendo de la pantalla, la imagen hecha cosa desasida de un cuerpo de carne y hueso. Vale decir: cuando se produce un investimento pulsional de la imagen, desprovisto del cuerpo del semejante y al máximo del propio, deviene la materialización del goce en estas criaturas frente a las cuales tendríamos que oír que el rechazo de la ciencia sobre el sujeto fabrica monstruos<sup>9</sup>. ¿O acaso Frankenstein no fue el primero?



Laurie Lipton – Solo en un cuarto, socializando - 2018

La experiencia de ciertos análisis a través de las letosas, donde no coincide el *i(a)* con el otro real; la de ciertos niños, y la de algunos sujetos de la psicosis, donde la función del otro está alterada o suele estar representada por un *i(a)* no coincidente con un humano –sino, por ejemplo, con animales o personajes, es decir, por lo que no asemeja–, enseñan que, si el lugar

<sup>9</sup> Como las muñecas/robots o el monstruo de Pedro.

del analista es el del objeto  $a$  en el lugar del semblante<sup>10</sup>, en primera instancia y como necesidad lógica lo es la función del  $i(a)$  apoyada en la carne. O dicho de otro modo: es fundamental y fundante la función del otro como mediatizador del Otro, sostenida no sólo en la imagen sino en su presencia real. De modo que cuando esta función aún no está constituida o está alterada, para que un trabajo de análisis sea posible es ineludible que el cuerpo del analista la encarne, no sólo a través del  $i(a)$  de la pantalla sino en presencia.

Esta condición y necesidad lógica a las que me refiero, tal vez, sean las mismas que se expresan en el hecho de que no todos los analizantes pueden hablar en el diván, a algunos – sin necesidad de que se trate de la estructura de la psicosis– les es necesario el  $i(a)$  soportado en el cuerpo del analista para apoyar su yo en el mismo y así hablar. Tanto como a todos los analizantes nos es necesario lo que Lacan llamó la *confrontación de los cuerpos*<sup>11</sup>, para recién un tiempo después iniciar el pasaje al diván, siempre y cuando el  $i(a)$  y el semejante estén en función y, entonces, no sean proclives a andar sueltos en la representación de uno por el otro o a acechar como una exterioridad amenazante como doble, sombras o monstruos. Dado que en la posición acostada el analizante sustrae la mirada del cuerpo del analista, no va de suyo que la imagen del otro como representación imaginaria quede anudada a tal presencia que viene desde atrás o que sólo facilite la transferencia hacia otras imagos –como las llamaba Freud-. A veces el  $i(a)$  pulula como un espectro fantasmal o como un fenómeno semejante o lindante con la alucinación, aunque no lo sea estrictamente<sup>12</sup>.

Recurriendo una vez más al *malestar en la ciberlización*, se estima que alrededor del 20% de hombres de Tokio, de entre 18 y 30 años, casi siempre hijos únicos, alguna vez, por días, meses o años, estuvieron enclaustrados en sus habitaciones sin salir al mundo. Siendo que en aquellas geografías no está extendido el psicoanálisis, los padres recurren al alquiler de *hermanas prestadas*. Las *hermanas prestadas* son mujeres que ponen a disposición, al menos, una identificación imaginaria, lo que le permitiría al confinado, a través de la apoyatura de ese yo auxiliar, salir o empezar a querer salir del confinamiento. Se trata de la misma función, jugada en otro estatuto del lazo, que la del  $i(a)$  invistiendo la presencia del cuerpo del analista o la del otro real soportando la investidura de la imagen.

<sup>10</sup> “ (...) porque el analista en cuerpo instala el objeto en el lugar del semblante existe lo que se llama discurso analítico”. Lacan, J. (2011) El seminario XIX ...o peor, (1ra Ed.), Buenos Aires, Argentina: Paidós.

<sup>11</sup> Lacan, J. (2011) El seminario XIX ...o peor.(1ra Ed.), Buenos Aires, Argentina: Paidós.

<sup>12</sup> Me refiero a que estos fenómenos de la imagen no pueden reducirse todos al retorno desde lo real de lo forcluido en lo simbólico, sino que muchos de ellos, desde la sutil desperzonalización a la alucinación del doble, no tienen en sí mismos ningún valor diagnóstico en cuanto a la estructura del sujeto, tal y como lo refiere Lacan en 1980, en su artículo escrito para *La evolución psiquiátrica*.

El hablante sólo puede acceder a su lugar en el Otro por mediación de lo imaginario: se habla como *yo* o por una cierta articulación entre lo unario y lo unariano. El esquema Lambda deja leer que el lugar del analista estaría en algún lado en *A*, ya que si entrara en el emparejamiento, en la semejanza de *a:a'*, se situaría en la zona de resistencia. Pero que el analista o la persona del analista, en ciertas circunstancias, tenga que ubicarse en el lugar del semejante de un modo instrumental no significa que se identifique imaginariamente con el analizante sino que, en correspondencia con las hermanas de préstamo, preste una identificación envolvente de un imaginario más humano, más encarnado en lo simbólico y no librado a lo incorporal. Y, por tanto, que no abandone al *yo* a su reducción de objeto del deseo del Otro ni a la inhumanidad de la digitalidad. No olvidemos, tampoco, que en la economía del fantasma la imagen del otro y la presencia del otro real que aquella suele traer consigo permite sacar del cuerpo la pulsión, transformando goce por libido a través de la transferencia de afecto del *yo* al *i(a)*.

***“la extenuación de la carne es producto de estar mediados,  
empantallados, por las creaciones de la ciencia como un hecho que  
cambia el sentido de nuestro materialismo”***

Concluyendo: aunque en el ser hablante el imaginario está constituido por efecto de lo simbólico, en estructuras o estados de la misma donde lo virtual es real y lo real es virtual<sup>13</sup>, para un tratamiento por lo simbólico y una economía del deseo es inexcusable la imagen del otro sostenida en el cuerpo del semejante. Lo que es lo mismo que decir que es apremiante una presencia más humana y humanizante que la del pixel, e imposible lógicamente que la experiencia del análisis tenga lugar a través de las letosas. Aparatos a los que les debemos el hecho de ratificar, desde otro ángulo, que si la función de la imagen es función de semejanza y entonces de verdadera alteridad, no cualquier imagen traerá consigo la función del *hermano*<sup>14</sup> por más tiernos que puedan resultar los ositos de peluche o divertidos los personajes de la *Play*.

A esta imposibilidad de la estructura hay que adicionarle un obstáculo, propio del soporte tecnológico: la imagen que reflejan las letosas no pasa enteramente por la imagen especular, como lo haría un espejo. Por el contrario, allí la imagen no es efecto de la experiencia sensible constituida por la dimensión simbólica, es generada por un lenguaje liberado de la materialidad de la estructura del ser hablante. En la interfase tecnológica,

<sup>13</sup> O donde lo imaginario está muy cerca de lo real siendo un realmente imaginario.

<sup>14</sup> "(...) somos hermanos de nuestros pacientes en la medida en que somos, como él, hijos del discurso". Lacan, J. (2011) El seminario XIX "...o peor" (1ra Ed.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.

concretamente, no hay imagen, sino una señal eléctrica que configura la misma a los fines de que sea vista –siempre y cuando primero haya sido procesada por un dispositivo de traducción matemática, hacia un modelo inteligible–. Tal particularidad de las pantallas trae el cansancio o el agotamiento que referimos los analistas que en pandemia continuamos los análisis a través de dispositivos tecnológicos. Estas afecciones son efecto, o bien de pretender, voluntaria o involuntariamente, reponer lo que no puede ser suplido ni sustituido a través de este modo de conexión, o bien de un *esfuerzo de libidinización* hacia una imagen que funciona, más que como espejo, como muro en el que no acontece reverberación alguna. Pero como sea, la extenuación de la carne es producto de estar mediados, empantallados, por las creaciones de la ciencia como un hecho que cambia el sentido de nuestro materialismo.

Todas estas cuestiones pueden resultar duras o técnicas pero antes, después y durante están referidas y concernidas a la materia de la que estamos hechos. Todas estas cuestiones, también, pueden resultar una verdad de perogrullo; pero, aunque al reconocer la existencia de existencias virtuales, lógicas o narrativas, se haya alcanzado un *progreso en la espiritualidad*, por lo mismo y a juzgar por las consecuencias, es imprescindible dar cuenta desde esta nueva civilización de que los humanos para los humanos somos insustituibles. Al respecto, vale la pena atender a lo que Brian Christian<sup>15</sup> anticipó: *La historia del siglo XXI será en parte aquella de la redefinición de las líneas, será la historia del Homo Sapiens intentado reivindicar su especificidad en el terreno movedizo, atrapado entre el animal y la máquina, entre la carne y las matemáticas*. Porque es urgente reconocer que de tales disquisiciones resultará que permanezcamos o nos extingamos –no como especie, sí como seres hablantes–.

## Bibliografía

Grainer, Christine. *Fabulaciones del cuerpo japonés*. N-1.

Dolto, Françoise. *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós.

Lacan, Jacques. *De un Otro al otro*. Versión inédita.

Lacan, Jacques. *La tercera*.

<https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.35%20%20LA%20TERCERA.pdf>

<sup>15</sup> A quien cito porque lo que dice lo dice a partir del hecho, contradictorio y paradójico, de haber formado parte de la competencia llamada *prueba de Turing* y ganar el premio *Most human human*. Una exquisita parodia, si la hubiera sido.